

3. CORAZÓN DE JESÚS UNIDO SUSTANCIALMENTE AL VERBO DE DIOS

Cor Iesu, Verbo Dei substantialiter unitum

P. Maxim Gurezov, sacerdote tayiko
Misionero en Rusia

El primer devoto del Sagrado Corazón de Jesús, el que en la Última Cena apoyó su cabeza en el pecho de Nuestro Señor Jesucristo (cf. Jn 13,23) escuchando los latidos de este Corazón, en el Prólogo de su Evangelio habla del Verbo. Como sabemos del mismo Prólogo, Jesucristo es Verbo (cf. Jn 1,17). Con esta definición San Juan quiere mostrar la más íntima realidad de Jesús, su proceder de Dios. Vamos a ver brevemente algunos versículos de este hermoso y profundo Prólogo, para comprender mejor el significado de nuestra letanía.

1. Breve exégesis de algunos versículos del Prólogo de San Juan 1, 1-2.4.14¹

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Acá se nos habla de la preexistencia del Verbo de Dios, o sea el Verbo existía ya antes de la creación. El Verbo es eterno e increado. Y estaba junto a Dios, estaba con Dios, vive en perenne unidad con Dios. Se nos dice también que el Verbo era Dios, entonces se nos habla de su divinidad. Podemos decir que la relación entre el Padre y el Verbo de Dios es infinita y eternamente anterior a la relación Creador-creatura.

Por medio de Él se hizo todo, y sin Él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. El tercer versículo del Prólogo San Juan nos habla de la creación. El Verbo

¹ Cf. K. STOCK, *Gesù figlio di Dio. Il messaggio di Giovanni*, Cerbara 1993, pp. 7-20.

de Dios participa en la creación del mundo. Todo lo creado es debido al Verbo, todo depende de Él en su ser. Como dice San Pablo a los Corintios: *para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien procede todo y para el cual somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien existe todo y nosotros por medio de Él* (1 Cor 8,6). También a los Colosenses: *en Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él* (Col 1,16).

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Jn 1,4). Son dos propiedades fundamentales del Verbo, infinita plenitud de vida, en la cual no hay ni una sombra de la muerte o limitación, infinita llama de luz en la cual no hay ni una gota de tinieblas. La vida del Verbo es luz que ilumina a los hombres, ilumina las vidas de los hombres y los orienta indicando el camino para seguir. *Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero* (Sl 119,105).

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14). Este versículo es uno de los más consoladores de la Biblia. La *carne* en la Sagrada Escritura no indica una parte del cuerpo humano o el cuerpo humano, sino más bien todo el hombre, en su totalidad, alma y cuerpo, subrayando su debilidad y caducidad, un ser que puede sufrir el dolor y la muerte. La frase *se hizo carne* por lo tanto indica que el Verbo eterno de Dios viene a ser un hombre, sometido a la debilidad y mortal como todos nosotros. Sin cesar de ser el Verbo eterno, increado, viviendo con Dios y siendo el mismo Dios, al mismo tiempo se hace hombre. Hasta ahora San Juan hablaba del Verbo, pero ahora es claro que el Verbo es el Hijo Unigénito del Padre, que el Padre envió al mundo. En el Evangelio de San Juan encontramos la definición de Dios como Padre 122 veces, es decir, dos veces más que todos los otros evangelistas juntos. Y

solamente Jesús es definido *Hijo de Dios*, a los hombres él no los llama hijos de Dios, sino más bien creaturas. Solamente Jesús es Hijo de Dios en sentido propio. El Verbo que se hizo carne, el Hijo enviado del Padre al mundo, es lleno de gracia y de verdad. Esto nos indica lo que nos dona la presencia del Verbo entre nosotros. Jesús mismo es la gracia y verdad. Con la *gracia* se entiende el don gratuito de la vida divina y benévolamente concedido; con la *verdad* la revelación de la verdad hasta ahora escondida. Jesús mismo es la verdad: *Yo soy el camino y la verdad y la vida* (Jn 14,6). Con su ser Jesús nos hace conocer un aspecto totalmente nuevo de Dios: *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14,9). Con su ser Hijo, Él es la revelación de Dios como Padre: no se puede conocer a Jesús como Hijo de Dios sin conocer contemporáneamente a Dios como Padre de Jesús. Un tal conocimiento de Dios por sí mismo es un don de gracia, expresión de su benevolencia hacia los hombres.

A modo de una primera conclusión resumamos en algunas breves sentencias lo que hemos dicho hasta ahora: El Verbo de Dios es preexistente, es Hijo de Dios, y es Dios. Dios Padre tiene un Hijo que es igual a Él y vive en una relación de intimidad y unido confiadamente a Él. El Verbo que se hizo carne sin dejar de ser Dios, es luz, vida, gloria, gracia y verdad para los hombres. El Hijo que revela a Dios como Padre y la comunión en Dios, ilumina el mundo, resplandece de gloria, es la revelación llena de gracia y dona a los creyentes la vida eterna.

2. Unión substancial²

En la Encarnación, el *Verbo se hizo carne*, asumió la naturaleza humana. Entonces tenemos dos naturalezas, la humana y la divina. Jesucristo, pues, es verdadero Dios y verdadero hombre. Y ambas naturalezas

² Cf. DOM COLUMBA MARMIÓN, *Jesucristo en sus Misterios*, Barcelona 1948, pp. 56-61.

están íntimamente unidas en un única Persona, la Persona del Verbo Divino, en quien subsiste la naturaleza humana. Jesucristo asumió nuestra naturaleza humana, que hizo suya, uniéndosela sustancial y personalmente mediante lazos inefables.

En el hombre, el alma y el cuerpo unidos entre sí constituyen la persona humana. En Jesucristo no es así. La naturaleza humana, toda entera y perfecta en su propia esencia y elementos constitutivos, no tiene una existencia propia sino por el Verbo, y mediante la Persona divina del Verbo. Este es el que da a la naturaleza humana su existencia real, lo que en otras palabras llamaríamos su «subsistencia personal». No hay en Jesucristo sino una sola persona, la Persona del Verbo, del Hijo de Dios. Y estas dos naturalezas conservan sus cualidades particulares y sus operaciones específicas: entre ellas no hay ni mezcla, ni confusión, como enseña San León Magno en su célebre “Carta a Flaviano”.

No se trata de cualquier unión sino más bien de la unión de asunción, de parte de Dios, de la naturaleza humana, como lo dice claramente Santo Tomás de Aquino³. Es decir se debe dar una acción de quien asume y una pasión de quien fue asumido y también una diferencia de términos de partida y de llegada. Asumir equivale a decir *ad se sumere*, llevar una cosa hacia sí mismo. La unión hipostática es una de las tres “realidades” (además de la Maternidad de la Virgen y del Paraíso) que según Santo Tomás de Aquino Dios no puede hacerlas mejor, como nada puede ser mejor que Dios mismo⁴.

Por esa unión tan inefable podemos decir que todas las acciones de Jesucristo son acciones de un Dios. Porque toda acción –sea de una o de otra facultad de la naturaleza–, se atribuye a la persona, y en Jesucristo,

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, 2, 8.

⁴ Cf. *Ibidem* I, 25, 6 ad 4.

siempre es Dios el que obra, unas veces por su naturaleza divina y otras por la humana. Se puede decir con toda verdad que es Dios el que trabaja, llora, sufre y muere, aunque todas estas acciones sean ejecutadas por la naturaleza humana. Todas las acciones humanas de Jesucristo, por pequeñas que sean en su realidad física, tienen un valor divino.

3. El Corazón de Jesús nos recuerda el amor de Dios por nosotros⁵

Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3,16). Si miramos a todos los misterios de la vida de Cristo, todos los dones que Él nos dejó, todo fluye de su amor por cada uno de nosotros. La persuasión de que Cristo me ama es la clave que explica la gran obra de todos los santos de la historia. Pues nada impulsa tanto al amor, como el sentirse amado. Porque así tratamos de devolver a Nuestro Señor amor por amor, con toda nuestra vida y nuestra actividad.

Por lo tanto, tenemos que recordar muy a menudo este amor, porque es el poderosísimo sostén de nuestra fidelidad, de nuestro amor, de nuestra reverencia, de nuestra confianza en Dios.

El Corazón de Jesús no es el corazón de una persona cualquiera, no se trata del corazón de una persona que vivió en el siglo I, sino que es el mismo Corazón de Dios. Tremenda es esta verdad, vemos hasta qué punto llega el amor de Dios, podemos decir hasta la locura. El Sagrado Corazón de Jesús nos enseña que Dios no está «allí afuera», como una montaña esperando a ser explorada, sino que es un Dios que nos busca incansablemente⁶. Su Corazón de carne, más tierno y sincero, más noble y más fiel que todos los corazones, nos entiende perfectamente. *No*

⁵ Cf. DOM COLUMBA MARMION, *Jesucristo en sus Misterios*, pp. 353-376.

⁶ Cf. R. BARRON, *Reflexiones Diarias del Evangelio* (24/3/2023).

tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado (Heb 4,15). Somos comprendidos perfectamente por nuestro Dios. Para cada uno de nosotros hay un lugar muy especial en este Corazón, porque es el Corazón de Dios. Busquemos en él nuestra paz y nuestra tranquilidad, nuestro refugio y nuestro sostén en todas las dificultades y pruebas que nos toque vivir.

Pidámosle pues a la Virgen Santísima, quien llevó en su seno el pequeño Corazón de Jesús durante nueve meses, que nos haga comprender este amor por nosotros y que nos haga amar a su divino Hijo.